

Acción afirmativa y afrodescendientes en Colombia¹

EDUARDO RESTREPO

“El lenguaje analítico que usamos para pensar sobre la raza y confrontar el racismo debe ser constantemente objeto de escrutinio”

Peter Wade (2002: 14).

Introducción

Las acciones afirmativas son políticas de ‘discriminación positiva’ hacia un grupo o sector social específico que se expresan en una serie de medidas como, por ejemplo, un sistema de cuotas de acceso a la universidad o de representación en los cargos del gobierno nacional. Estas acciones se diseñan y ejecutan bajo el supuesto de que este grupo o sector social se encuentra en condiciones de marginalidad estructural que requiere ser revertida por políticas y medidas específicamente dirigidas a su posicionamiento². Por tanto, la acción

1 Este artículo se basa en la ponencia leída en el Simposio Internacional: “Racialización, patrimonialización y acción afirmativa. Afrodescendientes en América Latina y el Caribe”, realizado en Cartagena, 22 y 23 de septiembre de 2009. A pesar de que se podrían precisar varios puntos y desarrollar otros con los materiales y las discusiones que se han sucedido en los últimos años, he decidido publicar el texto básicamente como fue leído. He de anotar, sin embargo, que sobre la temática de la acción afirmativa y afrorreparaciones en Colombia, se cuenta con las valiosas contribuciones de Claudia Mosquera (ver, por ejemplo, Mosquera 2011, y Mosquera y León Díaz 2009).

2 En términos históricos, según Silvina Cimolai (2002), la noción de acción afirmativa se remonta a 1961 cuando en los Estados Unidos se utiliza por vez primera en un decreto (Executive Order 10925) del presidente Kennedy en referencia a las medidas diseñadas en contra de la discriminación racial. “En 1965, el Presidente Johnson expidió otro decreto (Executive Order 11246) que incluía en este tipo de acciones también a grupos religiosos minoritarios y grupos de nacionalidades diversas. Por el mismo, se obligaba específicamente a los contratistas federales a realizar Acciones Afirmativas en sus contrataciones” (Cimolai 2002: 3).

afirmativa supone una ‘discriminación positiva’ o, desde el otro lado de la moneda, intervenciones activas contra la discriminación negativa.

No se pueden limitar las acciones afirmativas a cuotas. Las cuotas son unas medidas bien particulares derivadas de políticas concretas que buscan revertir condicionamientos desfavorables para un sector de la población. Por tanto, es relevante distinguir entre las políticas como los posicionamientos de política pública en torno a la discriminación positiva, y las medidas como las acciones adelantadas desde unas políticas determinadas. Las políticas de acción afirmativa no se limitan a los afrodescendientes (o a los grupos étnicos), ya que otros sectores sociales pueden ser objeto de estas políticas (mujeres, LGBT, ‘discapacitados’), así como las medidas derivadas de estas políticas no se expresan sólo en cuotas de acceso a cargos públicos, a representatividad política, o presencia en la universidad.

Con respecto a las políticas y medidas de acción afirmativa para los afrodescendientes orientadas hacia la universidad, el supuesto es que deberían implicar su mayor y más adecuada presencia en la universidad. En posiciones más integrales, como las de CEUNA³, esta presencia tiene como correlato una transformación no sólo de la universidad en sí misma, sino de las condiciones en las que opera el sistema educativo en la regiones y sectores de los cuales provienen el grueso de los estudiantes afrodescendientes.

Para un sector de académicos y activistas, las acciones afirmativas están más allá de cualquier escrutinio. Para estos, pareciera que las acciones afirmativas son buenas por definición, y quien se pregunte por su genealogía, operativización y efectos, sólo puede ser porque no está de acuerdo con ellas y, por tanto, es un racista que disfruta de los privilegios del sistema, un defensor del *status quo*. La bondad asumida y la pertinencia intrínseca atribuida a las acciones afirmativas parecieran ser dos verdades de a puño.

Ahora bien, esta clausura del pensamiento con respecto a las acciones afirmativas parece estar cambiando en los últimos años. El hecho de que el gobierno de derecha del presidente Álvaro Uribe Vélez haya instrumentalizado medidas como el nombramiento de la ministra de cultura, o que haya creado la Comisión intersectorial para el avance de la población afrocolombiana, palenquera y raizal, ambas medidas bajo la presión de congresistas afroestadounidenses en su estrategia de aprobación del TLC, ha propiciado una posición crítica frente a las retóricas y los efectos perversos de cierto tipo de medidas de acción afirmativa⁴.

3 Colectivo de Estudiantes Universitarios Afrocolombianos y Afrocolombianas.

4 El encargado de la Comisión intersectorial, el vicepresidente Santos, plantea públicamente en las entrevistas y reuniones, en el informe entregado o, incluso, en las páginas oficiales de la presidencia la existencia de un racismo estructural en el país, mostrando con detalladas cifras la precariedad de la situación de los afrocolombianos en todos los aspectos y

Ante estas expresiones de oportunismo político del gobierno de Uribe, parece que se hace cada vez más claro que el problema no radica tanto en estar a favor o en contra de las acciones afirmativas en abstracto y en general, sino que lo realmente interesante en términos intelectuales y políticos es la discusión sobre cuáles políticas y medidas en concreto son las más acertadas para socavar los imaginarios y prácticas del racismo estructural que han sido factores de explotación y subalternización de ciertas poblaciones racializadas. Más aún, cada vez es más apremiante la pregunta quién habla a nombre de quién, desde dónde y con qué implicaciones. No faltan quienes asumen una superioridad moral y política, ya sea por lo que se imaginan que son o por las posiciones que defienden desde la cual usufructúan beneficios intelectuales y políticos, cancelando cualquier posibilidad de debate o escrutinio que ponga en riesgo sus consolidados o nacientes privilegios.

Son estos privilegios consolidados o nacientes las fuentes de cierta angustia defensiva de ser puestos en cuestión. Como bien lo anotaba un académico japonés con respecto a las discusiones sobre la acción afirmativa en Brasil: “Quienes tienen miedo de las acciones afirmativas son aquellos que disfrutaban de los privilegios sin sentirse privilegiados” (Susuki 2007: 83). Cabe aquí agregar otra cita que, aunque referida a la antropología, es pertinente para plantearse el asunto de la relación entre privilegios y cancelación totalitaria del pensamiento o del debate: “[...] los antropólogos privilegiados, como el grueso de la gente privilegiada de cualquier lugar, evitan el escrutinio detallado de un sistema del cual se benefician” (DiGiacomo 1997: 94). No sólo los privilegios ya largamente establecidos y sedimentados son objeto de la ceguera epistémica. Aunque de forma distinta, lo pueden ser también los privilegios nacientes (que, hay que decirlo, en algunos individuos a veces no son tan nacientes sino que son transformaciones de sus privilegios sedimentados que se adaptan a nuevas condiciones de oportunidad).

Debates en torno a las acciones afirmativas

En la versión electrónica del periódico *El Espectador*, un conocido antropólogo publicó una nota titulada “Acciones afirmativas para la Universidad”⁵. En su nota presenta, a grandes rasgos, la propuesta de acción afirmativa de un colectivo de estudiantes universitarios afrodescendientes (Ceuna). Además de un porcentaje en los admitidos, la propuesta implica acciones dirigidas hacia las zonas de origen de los estudiantes que sean aceptados, así como una estrategia de acompañamiento integral en su proceso por la universidad. Dado el medio electrónico que permite los comentarios de los lectores, se pueden apreciar una serie de las reacciones a la

argumentando que hay que tomar medidas de acción afirmativa en la universidad, en lo laboral, en los medios, en el sistema educativo con la cátedra... En fin una retórica que obviamente ha cooptado de las críticas y reivindicaciones de los líderes y académicos.

5 Jaime Arocha, quien firma la nota como Grupo de Estudios Afrocolombianos. Publicada el 16 de junio de 2009.

nota del antropólogo, que evidencian algunas de las posiciones más descarnadas de apoyo o rechazo a las acciones afirmativas para población afrodescendiente. Entre los comentarios contrarios a la propuesta de acción afirmativa encontramos:

La mejor medida es tratarlos como a todos...sin sobre-protección ni discriminación, al decir que merecen tener una cuota están diciendo en forma indirecta que son incapaces de competir por sí mismos con otras personas que en su mayoría también son pobres, igual hay muchas minorías que también necesitan estudiar, como los muchachos de las comunas, municipios pobres, grupos indígenas y a lo mejor gays en un futuro, El examen de admisión de la UN discrimina por conocimiento no por color origen o posición política. Es cierto que quizá no sea el mejor sistema de asignación de cupos de las distintas carreras (miren las tasa de deserción) pero en un país tan corrupto al menos garantiza un poco de igualdad de oportunidad.⁶

El usuario identificado como “Ordep Adasop” escribe:

El problema es estructural. Mientras no se modifiquen las condiciones de pobreza de los sectores excluidos (campesinos, negros, indios, mujeres...), todas las medidas que se tomen serán pañitos de agua tibia. Sólo las condiciones de vida digna harán que el acceso a la educación en general y a la universidad en particular no tenga que hacerse por ‘cuotas’ de limosna.⁷

Antes había publicado su comentario ‘darojas53’ en los siguientes términos:

Abrir cupos universitarios a los negros porque son negros es otra expresión del racismo. Es aceptar que siempre vivirán en zonas deprimidas y que hay que hacer con ellos actos de caridad cristiana. Deberían trabajar mejor en los ‘municipios con marcado analfabetismo’ para que sus pobladores, no importa de qué color sean, puedan acceder a los cupos en igualdad de condiciones con los demás aspirantes.⁸

En otra nota, publicada en la versión electrónica de la *Revista Semana* el 31 de julio de 2009, bajo el título “Afrocolombianos protestan por ausencia de actores negros en serie de RCN”, se indicaba cómo la versión colombiana de *Grey’s Anatomy* no es protagonizada por actores negros como aparece en la televisión estadounidense, sino que “[...] en los capítulos que se han grabado en la versión de RCN, sólo aparecen personas blancas”. Como ya es usual en este tipo de notas, los foristas exponen términos abiertamente contrarios a este tipo de medidas

6 Comentario de macm85, publicado 16 junio 2009-9:56 p.m. No se editó la ortografía ni la redacción de éste y los otros comentarios reproducidos a continuación.

7 Publicado el 16 junio 2009 - 10:10a.m.

8 Publicado el 16 junio 2009 - 9:18am.

que buscan visibilizar y dignificar la imagen de la gente negra en los medios de comunicación. Algunos de los comentaristas plantean:

Qué afrocolombianos ni qué nada, el termino es excluyente. Son colombianos, y ya (Hernando Salguero Florez).

Pero que vaina con estos manes hombre, por que sera que chillan por todo. Ya van por el rumbo de los afroamericanos que cualquier cosa que tenga que ver con un negro, es racismo. Que fastidio, no joda. Por eso es que se hacen cojer bronca (William Torres Gutierrez).

jaja a RCN le va tocar poner un programa a piedad cordoba seguro ella hara un progama sobre comunismo y de como sembrar minas quiebrapata con el auspicio de las FARC (Fernando Hoyos Garcia)

Hay estan pintados los negritos, todo para ellos es racismo; miren señores de RCN lo que ellos quieren es que les den salario sin trabajar, todo lo quieren gratis, dos curules en el congreso gratis, E.P.S. gratis, cupos gratis en todas las universidades, un porcentaje de puestos en las entidades estatales (sin meritos), aaaaaaa y ni se les ocurra negarles algo porque ahy vienen las marchas, afro-tal, afro-noseque, en fin, denles puestos ragalados en cada novela o prodrccion nacional. porque si... (raul enrique arrieta gonzalez).

Esta es una muestra de las reacciones contrarias que se encuentran en los foros y chats que abordan las acciones afirmativas. Evidencian el pensamiento y actitudes racistas que constituyen el sentido común de muchos colombianos. Dado el anonimato en el que se hacen estos comentarios, se presentan las posiciones más descarnadas y sin mayores eufemismos. Entre los cuestionamientos que se esgrimen en este tipo de discusiones sobre las acciones afirmativas, se pueden identificar tres grandes tipos de planteamientos:

1. En nombre de la igualdad. Se considera que las políticas y medidas de acción afirmativa discriminan de manera injusta a los sujetos racializados que quedan por fuera de los beneficios jurídicos, educativos, económicos instrumentalizados para los afrodescendientes. Los argumentos de este tipo acusan a menudo a las políticas y medidas de acción afirmativa de un racismo a la inversa o de fomentar el “odio racial”. (Liberalismo, individuos universales).

2. Desconocen el mérito personal. Se argumenta que como las políticas y medidas de acción afirmativa tienden a propiciar condiciones específicas para los afrodescendientes, las exigencias no son las mismas, lo que tiende a apuntalar la ‘mediocridad’ de quienes son beneficiarios de estas políticas y medidas, y a desconocer los méritos personales de quienes son excluidos. Esto llevaría a la cancelación del juego de la ‘libre’ competencia entre los individuos; se producen efectos perversos. (Darwinismo social. Un paternalismo racialista).

3. Disolución de las desigualdades económicas estructurales. Se encuentran argumentos según los cuales las políticas y medidas de acciones afirmativas para afrodescendientes tienden a desconocer contradicciones de clase social, o subsumen en la diferencia culturalista o racializadas relaciones de poder que se anclan en la explotación, dominación y sujetación, que no se corresponden fácilmente con líneas raciales. (Clase social)

A mi manera de ver, estos tres tipos de cuestionamientos son problemáticos. La crítica liberal de la acción afirmativa como un vulneramiento de la igualdad, asume el falso supuesto de que todos los 'individuos' se encuentran en igualdad de condiciones. Las acciones afirmativas buscan precisamente revertir el hecho de que existen sectores de la población que se encuentran en condiciones de desigualdad. Que todos los individuos sean 'iguales' en términos de oportunidad es precisamente lo que quieren alcanzar las políticas y medidas de acción afirmativa, y de ahí su carácter temporal.

La crítica de que se socava la selección con base en méritos, se corresponde a la transposición la idea de la supervivencia del más apto, que a su vez hace eco de una especie de darwinismo social expresado en toda una ideología de la meritocracia, que adecúa a las prédicas del capitalismo sobre el juego de la libre competencia como medio que beneficiará no sólo a los individuos, sino al conjunto social en el mediano y largo plazo.

Finalmente, la crítica que argumenta la idea de que lo importante es la clase y no la diferencia marcada en términos raciales, étnicos o culturales, puede fácilmente caer en un reduccionismo economicista enviando estas últimas a una existencia de epifenómenos o 'falsa conciencia'. Este reduccionismo economicista es tan nefasto política y teóricamente como su correlato: el reduccionismo racialista.⁹

Para encarar unas críticas a las políticas y medidas de la acción afirmativa más consistentes, se requiere hacer un recorrido por las condiciones de posibilidad del sujeto y el pensamiento racial que parece estar asociado a estas políticas y medidas. Este sujeto no es nada natural, sino el resultado de la sedimentación de diferentes capas históricas de marcación-producción de diferencias y jerarquizaciones entre poblaciones y, como veremos en el siguiente aparte, varían geohistóricamente.

9 Es importante anotar que cuando me refiero a 'raza' no estoy suponiendo que las razas existen como entidades biológicas (cuestión que ha sido descartada desde hace ya varias décadas por genetistas), sino que son construcciones sociales cuya peculiaridad radica en suponer que hay una naturaleza biológica a la que se corresponden una serie de características de comportamiento, intelectuales, morales e ideacionales.

Argucias del pensamiento racial

En 1998, Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant publicaron un polémico artículo titulado 'Las argucias de la razón imperialista'. Prontamente traducido al inglés, portugués y castellano, fue objeto de una fuerte disputa entre académicos brasileños y estadounidenses, de la cual aparecieron diferentes artículos tanto en Brasil como en los Estados Unidos. La disputa se centró en la ilustración del argumento de Bourdieu y Wacquant que considera que en Brasil se evidencia una imposición de categorías y encuadres raciales estadounidenses que no aplican a las realidades raciales brasileñas. Esta imposición sería realizada por parte de los académicos estadounidenses o por los brasileños formados en los Estados Unidos.

Bourdieu y Wacquant argumentan la existencia de una 'razón imperialista' estadounidense que ha adquirido una influencia planetaria a través de una serie de 'lugares comunes', de supuestos que tienden a permanecer fuera de toda discusión (pero a partir de los cuales se despliegan las posibles discusiones), estrechamente asociados a las condiciones e imaginarios singulares de la experiencia y representaciones estadounidenses. La pretensión de universalización de esta 'razón imperialista' pasa por el borramiento de las condiciones históricas de su producción, circulación y apropiación. Esto supone una deshistorización, descontextualización y naturalización de esquemas de pensamiento y categorías de análisis que constituyen tal 'razón imperialista' (p. 10).

Bourdieu y Wacquant indican varios mecanismos a través de los cuales se posiciona la razón imperialista estadounidense tendientes a consolidar un sentido común planetario. Además del creciente peso de la industria editorial y la influencia de las fundaciones filantrópicas estadounidenses, mencionan los mediadores en la importación de estos conceptos. Entre estos mediadores, los 'intelectuales progresistas' o los mismos 'intelectuales de color' (esto es, aquellos marcados y que hablan en nombre de posiciones subalternizadas) ocupan un lugar privilegiado, ya que por sus explícitas intenciones críticas los colocan por fuera de cualquier sospecha de pretender contribuir al ahondamiento de la dominación doméstica y global de los sectores privilegiados de un país como los Estados Unidos, hacia el cual despliegan gran parte de su arsenal crítico.

La categorización de lo racial y las estrategias contra el racismo constituyen una de las ilustraciones centrales del artículo de Bourdieu y Wacquant. Es sobre este punto que se desata la controversia antes anotada de brasileños y estadounidenses, casi todos críticos de los planteamientos de Bourdieu y Wacquant. En concreto, Bourdieu y Wacquant refieren a cómo ciertos académicos estadounidenses o latinoamericanos formados en los Estados Unidos introducen una serie de premisas analíticas sobre la 'raza' y las 'relaciones raciales' derivadas de las particularidades históricas estadounidenses para interpretar aspectos de la vida social y política del Brasil en donde estarían totalmente 'fuera de lugar'. Argumentan así que los

estudios adelantados sobre el Brasil referidos a 'la raza' y al 'racismo' ilustran más la creciente hegemonía estadounidense en el imaginario académico mundial que las específicas condiciones raciales de la sociedad brasileña.

Para Bourdieu y Wacquant el contraste radica en que la formación social estadounidense supondría unas articulaciones raciales fundadas en la centralidad de la dicotomía entre negros y blancos desde un principio de hipo-descendencia y la denominada regla de una gota de sangre (*one drop rule*) que hace que alguien se considere negro si tiene ascendientes negros, mientras que en la formación social brasileña se presentan una multiplicidad de categorías raciales intermedias entre blanco y negro, más ligadas a una serie de variables como apariencia, clase, educación e interlocutor. La relativa fijeza y claridad de la clasificación racial estadounidense contrasta entonces con la ambigüedad, fluidez y contextualidad de la clasificación racial brasileña.

Por tanto, según Bourdieu y Wacquant, la imposición de los principios de inteligibilidad raciales y las estrategias organizativas asociadas (movimiento de derechos civiles, affirmative action y políticas de la identidad) son un desfase teórico y político que sólo puede ser explicado por la creciente injerencia de la 'razón imperialista' estadounidense.

Como nos recuerda Livio Sansone (2002: 5), refiriéndose precisamente a este texto de Bourdieu y Wacquant, la importancia y calidad de un artículo académico pueden ser ponderadas por el debate que estimula y por la diversidad de opiniones y de críticas que suscita. Si este es el criterio, el artículo de Bourdieu y Wacquant constituye uno de los más valiosos sobre la situacionalidad y circulación de categorías analíticas como la de 'raza' con las cuales se piensan formaciones sociales concretas. Cabría añadir, sin embargo, que la relevancia de un debate no sólo radica en el número y diferencia de las reacciones promovidas, sino también por los silencios y ausencias que lo constituyen. No sólo los disensos o consensos enunciados, los temas discutidos y las problemáticas objeto del debate son criterios de justipreciación de una discusión académica derivada de un artículo. También los silencios compartidos o los supuestos tácitamente asumidos permiten comprender las dimensiones y alcances de un debate.

Entre las numerosas reacciones al artículo de Bourdieu y Wacquant en Estados Unidos y Brasil, predominan aquellas que han sido fuertemente críticas de sus planteamientos. Muchos de los críticos (French 2000, Hanchard 2003, Healey 2003)¹⁰ cuestionan, con mayor o menor detenimiento, el desconocimiento que

10 Para el historiador estadounidense John French, por ejemplo, las críticas de que en general los académicos estadounidenses imponen su *doxa* racial en sus investigaciones sobre Brasil, son insostenibles. Para ello examina el ejemplo ofrecido por Bourdieu y Wacquant del libro de Michael Hanchard *Orpheus and Power*. Para French (2000: 112-113), Hanchard no está

Bourdieu y Wacquant evidencian en su texto sobre las complejas realidades raciales de los Estados Unidos y de Brasil, así como de la amplia literatura producida sobre tales realidades. Por tanto, les critican las generalizaciones que sobre ambos países los autores realizan sin mostrar mayor conocimiento de las heterogeneidades existentes al interior de cada uno de estos países no sólo en términos de las dinámicas raciales, sino también de posiciones de intelectuales, de activistas y de la gente en general.

La manera de representar a los intelectuales y activistas brasileños como 'convidados de piedra' que se limitan simplemente a reproducir un libreto definido de antemano por sus contrapartes en los Estados Unidos es otra de las críticas realizadas al artículo de Bourdieu y Wacquant. Se subraya que esto supone presentar de forma caricaturesca y unidireccionalidad las relaciones entre los académicos y activistas de ambos países (Hanchard 2003: 11-12).

También se critica que Bourdieu y Wacquant se enfocan más en indicar la formación nacional en el cual se originan las ideas antes que en cómo circulan o son traducidas, apropiadas y confrontadas en otras formaciones y contextos locales (Healey 2003: 394). Por tanto, su insistencia en la fuerza determinante del origen de ciertas ideas en el contexto de una formación nacional específica implica que se soslaye analíticamente el lugar de las conexiones y redes transnacionales.

Las críticas indicadas al artículo de Bourdieu y Wacquant no implican que haya que descartar de un tajo todos sus planteamientos. Es más, mi argumento es que en ciertos puntos este artículo es bien iluminador para debatir sobre la racialización de los imaginarios teóricos y políticos que se están posicionando en Colombia. Para los propósitos de esta ponencia voy a resaltar tres.

En primer lugar, la tesis central de que la dominación planetaria de los Estados Unidos no es un asunto limitado a registros como lo militar o lo tecnológico, sino que también implica productos culturales y principios de inteligibilidad asociados a experiencias sociales particulares como tesis fundamentalmente acertada. Por supuesto que una noción simplista de 'imperialismo cultural' se queda corta

proyectando las categorías raciales estadounidenses, dado que explícitamente invoca un enfoque constructivista de la raza y porque su noción de raza dista del concepto folk de raza de los Estados Unidos al considerar que 'raza' refiere a las diferencias fenotípicas como símbolos de distinción social. Después de discutir múltiples pasajes del libro de Hanchard mostrando su aproximación crítica al movimiento afrobrasileño y a las preguntas por la ausencia de un movimiento semejante al de los derechos civiles estadounidense, French concluye que Bourdieu y Wacquant pretenden atribuirles el racismo a los estadounidenses, siendo su argumento de fondo que ni los franceses ni los brasileños son racistas. De esta manera, para French el artículo de Bourdieu y Wacquant no sería más que la evidencia del racismo francés caracterizado por una negación de su existencia, amparado, esta vez sí, en una razón imperial arropada de un discurso universalista.

para comprender la densidad, heterogeneidad, multiaculturalidad y disputas de esta dominación que se suceden en diversos escenarios y escalas a lo largo del mundo. Pero no se puede desconocer el lugar de los Estados Unidos en un orden planetario de dominación, explotación y sujeción.

Otro argumento relevante de Bourdieu y Wacquant consiste en sugerir que las categorías con las que estamos pensando el mundo se encuentran situadas histórica y socialmente. De ahí que sea viable considerar que los intelectuales y activistas estadounidenses se encuentren de alguna manera interpelados por los entramados sociales que los constituyen como sujetos de formas que van más allá de actos de voluntad o de ejercicios de reflexividad. De esto no se deriva una homogeneidad entre estos intelectuales y activistas, ni mucho menos que los entramados sociales sean autocontenidos y sólo referidos a la formación nacional.

Finalmente, el planteamiento de que la circulación de las ideas supone unas mediaciones e institucionalidad también es relevante para comprender los particulares anclajes y flujos de ciertas ideas desde los Estados Unidos. Las mediaciones operan desde individuos concretos hasta agendas de investigación o intervención institucionalmente avaladas. La formación de postgrado de muchos académicos de diferentes partes del mundo es un mecanismo de inscripción a encuadres y categorías de la academia estadounidense. Las fundaciones, ONGs y otras entidades estadounidenses avalan prácticas e intervienen en poblaciones respondiendo al imaginario social y a las agendas que hacen sentido y son relevantes para ellas.

La categoría de geopolítica del conocimiento permite elaborar estos planteamientos relevantes del artículo de Bourdieu y Wacquant para pensar la tendencia de la racialización del campo de la academia y política de la gente negra en Colombia. La categoría de 'geopolítica del conocimiento' permite una aproximación tanto *sistémica* como *situacional* de la producción, circulación y apropiación del conocimiento (Mignolo 2000, Escobar y Ribeiro 2006). Lo sistémico refiere a un nivel de análisis que tiene en cuenta cómo se articula el conocimiento con la configuración y reproducción del sistema mundo. En su operación, el sistema mundo supone la generación y regulación constante de flujos de conocimiento, de juegos de verdad, de discursos expertos.

De otro lado, con la noción de sistema mundo se puede comprender también que el conocimiento supone anclaje en espacios, cuerpos y subjetividades. El conocimiento implica siempre un lugar, uno que es a la vez epistémico y político. Un análisis desde la perspectiva del sistema mundo argumenta que uno de estos lugares son las formaciones de los estados-nación, los cuales se encuentran asimétricamente ubicados en términos de relaciones de poder y apropiación de la riqueza material y simbólica. De esta manera, se indica la relevancia de tener en cuenta las relaciones de poder estructurales que operan entre las periferias y los centros o metrópolis.

Ya volviendo la mirada sobre Colombia, me gustaría partir de un enunciado polémico: en relación con la gente negra en el país estamos asistiendo a una racialización del imaginario político y académico (aunque no en el social donde ni siquiera se han desmantelado muchas de las articulaciones raciales del siglo pasado), y una de sus expresiones la constituyen las políticas y medidas de la acción afirmativa.

La punta del iceberg de este enunciado es la creciente aceptación y circulación del término raza entre los académicos. Hace un poco más de diez años, en su prefacio a la traducción de su libro *Gente negra, nación mestiza*, Peter Wade se dedica a clarificar su uso del concepto de raza, así como de las razones teóricas de su relevancia. Esta clarificación respondía, entre otras cosas, al malentendido derivado de lo que me gustaría llamar el ‘escozor’ hacia el término ‘raza’ entre los lectores colombianos. Este ‘escozor’ no ha desaparecido, pero se ha atenuado. En los años ochenta y noventa la palabra ‘raza’ era objeto de borramiento sistemático entre muchos antropólogos.

El argumento central era que la palabra raza estaba necesariamente asociada al racismo. Por tanto, había que conjurar el uso de esta palabra que, como bien había demostrado la ciencia, no tenía ninguna existencia como hecho biológico. En su reemplazo se recurría a nociones como las de etnia, etnicidad, grupo étnico o cultura. Nótese que me he referido a la palabra o término raza y no al concepto o noción de raza, que son dos cosas distintas. Por tanto, no es de extrañar que bajo estos términos acuñados para evitar la palabra de raza se presentara la paradoja de que, a veces sin pretenderlo, se reprodujeran categorías de raza bien convencionales.

Por su parte, el imaginario político fue profundamente impactado por la etnización y el ‘giro multiculturalista’ en los años noventa. La idea de que las poblaciones negras constituyen un grupo étnico con unas prácticas tradicionales de producción, un territorio, una cultura tradicional, una relación armónica con la naturaleza y una identidad, fue el resultado de un arduo proceso de imaginación y negociación en ámbitos académicos y políticos en diferentes escalas (nacional, regional, local). Articulada esta etnización de comunidades negras a principios de los noventa, se consolidó en esa década como la representación hegemónica en el sentido que establecía los criterios constitutivos del campo político del movimiento negro y de políticas de estado. Los disensos, críticas y alternativas se constituían precisamente con respecto a esta representación. En este contexto, los discursos y estrategias organizativas en torno a articulaciones raciales de negritud se plegaron a la hegemonía etnicista.

Para lo transcurrido del nuevo siglo, se sugieren unos desplazamientos en los imaginarios teóricos y políticos desde los cuales se venía pensando e interviniendo a nombre y desde las poblaciones negras. Entre estos desplazamientos, las articulaciones raciales ocupan un lugar central. Para decirlo en otras palabras, estamos asistiendo a una racialización de las representaciones y estrategias del sujeto político, así como en sus abordajes académicos.

La categoría de afrodescendiente sugiere una articulación de sujeto político en términos de experiencias históricas compartidas (la trata, la esclavitud, el racismo y la marginalización), así como un posicionamiento para la participación ciudadana desde las políticas de la diferencia, ya no de corte exclusivamente culturalista, sino de una corpo-política orientada hacia acciones afirmativas (donde las diferencias sexualizada –LGBT– o racializada –afrodescendientes– constituyen los ejes de identificación). Los escenarios del sujeto político afrodescendiente ya no son los del Pacífico rural ribereño, sino las ciudades del interior del país (Cali, Bogotá, Medellín) y, cada vez más, las redes transnacionales con encuentros en Brasil, Estados Unidos y Europa, o la virtualidad de la Internet. Las temáticas centrales no son el territorio o la cultura, sino la visibilización política y la equidad socio-económica.

Este sujeto político afrodescendiente no debe entenderse como una simple superación del de la etnización (las comunidades negras) ya que ambos co-existen, a veces en tensión. Tampoco como una absoluta novedad, ya que algunas de las premisas sobre las que se articula habían sido adelantadas por organizaciones negras como Cimarrón.

Varios son los factores que entran a explicar estos desplazamientos. Voy a señalar sólo dos de los más evidentes. De un lado se encuentra la creciente participación en redes y eventos transnacionales de los activistas de las diferentes organizaciones. De particular relevancia fue la III Conferencia Mundial contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia y Formas Conexas de Intolerancia organizada por la ONU en Durban (Sudáfrica) en 2001. Las actividades preparatorias y la misma conferencia constituyeron un escenario transnacional a escala regional y global donde se generalizó la categoría de afrodescendiente y se constituyeron agendas en torno a las afrorreparaciones. Me gustaría denominar a las implicaciones de esta Conferencia, el ‘efecto Durban’. El efecto Durban no hay que pensarlo sólo en las medidas adoptadas (o no) por los gobiernos, sino en sus efectos performativos y de configuración discursiva. Con Durban, el término ‘afrodescendiente’ trasciende el marco de algunos expertos o líderes étnicos, y se incorpora en el lenguaje internacional implementado por diferentes actores: agencias internacionales, ONGs, medios de comunicación, gobiernos, etc.

Otro hecho relevante, no desligado del anterior, consiste en la creciente relevancia de Washington como escenario de intervención de activistas y políticos que se encuentran residiendo en los Estados Unidos (algunos de ellos como exiliados) o de aquellos que son invitados por las múltiples agencias (gubernamentales y no gubernamentales) que allí se mueven. No son sólo los congresistas afro-estadounidenses, sino otra serie de redes, organizaciones y entidades, los interlocutores de este lobby transnacional.

El otro factor que quiero señalar se refiere a la creciente influencia de la academia estadounidense en Colombia. Esta creciente influencia se asocia indiscutiblemente

al posicionamiento de una hermenéutica racializante en la comprensión de diferentes dimensiones históricas y contemporáneas del país. De esta manera, raza es un concepto nodal desde el cual se interpretan diferentes aspectos de la formación social colombiana.

Ahora bien, se puede afirmar que si en el contexto colombiano se respira aún una suerte de ‘escozor’ (o sospecha, si se prefiere) hacia el término raza, no es difícil encontrar en el estadounidense (o el británico) que ‘raza’ opere como lugar común que se aplica a las más disímiles situaciones. Incluso cuando esta aplicación implica un preámbulo más o menos extenso en el que se habla de que la raza es una construcción histórica y se reconoce la singularidad de sus articulaciones en las disímiles formaciones sociales.

Para el caso de la antropología, Ribeiro y Escobar (2006) han discutido los mecanismos a través de los cuales el campo antropológico mundial se encuentra constituido por relaciones de poder, donde unas antropologías son hegemónicas mientras que otras son subalternizadas. La hegemonía se refiere a la configuración y naturalización de cánones disciplinarios y a las subjetividades que interpelan a los antropólogos no sólo en los establecimientos centrales, sino también en los periféricos. La hegemonía entendida de esta manera es menos la dominación como imposición o coerción, y más como lo que con el paso del tiempo se convierte en y opera desde los precipitados del sentido común disciplinario que tienden a mantenerse fuera de examen. Uno de estos mecanismos de posicionamiento de las antropologías hegemónicas se refiere precisamente a los procesos de formación de los antropólogos y a los circuitos de autoridad y autorización asociados. Estos planteamientos aplican igualmente para las otras disciplinas que constituyen el ámbito académico en Colombia.

En lo corrido del siglo, se ha ido consolidando un número significativo de colombianos con estudios de postgrado en los Estados Unidos y de estudiantes doctorales estadounidenses que desarrollan sus disertaciones en Colombia. También hay un puñado de académicos ya consolidados en Colombia o los Estados Unidos que operan desde el universo categorial que circula en la academia estadounidense. Aunque no se pueden establecer generalizaciones, sí es posible rastrear cómo raza adquiere relevancia en los análisis adelantados por muchos de estos académicos.

En términos metodológicos, estos dos hechos (el efecto Durban y el creciente lugar del imaginario teórico y político racista estadounidense), nos llevan a considerar seriamente que hay que abandonar el nacionalismo metodológico o el estadocentrismo analítico que se ha mantenido en gran parte de los estudios, para considerar cada vez más los activismos transnacionales así como la gubernamentalidad transnacional que se impone como sentido común global.



Con respecto a las políticas y medidas de acción afirmativa, podemos identificar otra serie de críticas mucho más elaboradas que las que anotaba anteriormente. La crítica podría ser denominada como la de la sospecha geopolítica o la inadecuación. Desde esta perspectiva se argumentaría que las políticas y medidas afirmativas han sido diseñadas y son impulsadas a partir de las experiencias raciales muy particulares: la de los Estados Unidos. Por tanto, se esgrime, suelen implicar nociones raciales y prácticas de discriminación racial que no se corresponden con las dinámicas raciales dominantes en un país como Colombia. Aquí hay dos posiciones que deben distinguirse claramente, porque tienen implicaciones radicalmente distintas.

La primera es la que supondría una inadecuación de los imaginarios teóricos y políticos de las acciones afirmativas porque en Colombia el racismo es una cosa del pasado o porque, en últimas, todos somos mestizos (o lo seremos algún día). Esta posición hace irrelevante las políticas y medidas de acción afirmativa porque buscan intervenir sobre una problemática supuestamente superada. El discurso de la democracia racial como excepcionalidad latinoamericana, opera en este registro. Esta me parece una posición no relevante ni adecuada, que está basada en un relato nacional incongruente con la realidad social y política del país.

La otra posición parte de reconocer que en Colombia existen prácticas de discriminación racial, y que las categorías raciales constituyen poderosos imaginarios sociales y articulan relaciones de poder. No obstante, esto no significa que sean precisamente las que suponen las políticas y medidas de acción afirmativa que, a menudo basadas en una literal aplicación mecánica de iniciativas y experiencias estadounidenses, obliteran los particulares dispositivos y discursos regionales y nacionales de la discriminación racial en Colombia. En una palabra, estas políticas y medidas reflejarían un desconocimiento del pensamiento racial y las prácticas racistas de la sociedad colombiana, para no hablar de sus variaciones regionales y locales. Nos encontraríamos entonces ante una modalidad de violencia epistémica y política de configuración de ciertos sujetos racializados que responden más a la imaginación gubernamental y de activistas, que a los sujetos racializados realmente existentes. La crítica no es tanto el lugar de proveniencia de las ideas (Estados Unidos), sino que tanto son o no 'ideas fuera de lugar'.

Las articulaciones raciales y las discriminaciones racistas difieren en que en Colombia la raza se encuentra ligada más a la apariencia, mientras que en los Estados Unidos se asocia al origen. En Colombia las clasificaciones raciales son el resultado de un juego contextualmente establecido entre atribuciones e identificaciones (Cunin 2003, Wade 1997), mientras que en los Estados Unidos se refiere más a la descendencia. La negritud no opera desde criterios de descendencia (la gota de sangre), sino de apariencia (depende de interacciones concretas en

contextos específicos). Las clasificaciones raciales se configuran en su ambigüedad, negociación e intercambiabilidad. El color es objeto de una hermenéutica social, no deja de ser un artefacto cultural. Emerge como tal en un sistema de diferencias, por fuera del cual pierde no sólo significación sino existencia.

De las especificidades de las construcciones raciales y de discriminación racial en Colombia (que está profundamente regionalizado), se derivan una serie de dificultades operativas en la aplicación de las medidas de acción afirmativa que hay que encarar. Se ha argumentado que no existen criterios claros para definir sin mayores ambigüedades quién es o quién no es negro o afrodescendiente, es decir, cómo operativizar el sujeto de las medidas de acción afirmativa.

Conclusiones

La movilización y luchas del creciente número de organizaciones de base que apelan a criterios culturales e identitarios han significado una paulatina visibilización de los afrodescendientes como pueblo étnico con unas formas de vida propias. En el contexto de esta movilización, inicialmente articulada en torno a los derechos territoriales y culturales, se han ido colocando, en el centro de la agenda, las discriminaciones raciales que enfrenta la gente negra en el país. Eventos como la Conferencia contra el Racismo y la creciente interlocución con organizaciones y redes de la diáspora africana en las Américas han perfilado la temática de la justicia reparativa y otras acciones afirmativas como sistemas de cuotas en instituciones gubernamentales y de acceso a la educación universitaria. Entre sectores organizados negros y la mayoría de los académicos, no cabe la menor duda sobre la urgencia de diseñar e implementar medidas tendientes a establecer acciones afirmativas que reviertan las condiciones de marginalidad de los afrodescendientes, derivadas de las discriminaciones racistas que se remontan al periodo colonial.

El reto parece gravitar, entonces, en establecer cuáles son el conjunto de acciones afirmativas más adecuadas para las específicas formas de discriminación racial y las modalidades de racialización existentes en el país, al igual que en vislumbrar los procedimientos concretos desde los cuales se instrumentalizarían.

Para terminar con unas propuestas concretas, como lo argumentan las propuestas de CEUNA, un sistema de cuotas para la universidad no tendría como propósito la formación de una nueva aristocracia negra compuesta por individuos que no problematizan las condiciones estructurales de la dominación, explotación y sujeción (incluyendo el aparato universitario y sus mecanismos de reproducción de autorización y autoridad). El propósito sería, más bien, el de dismantelar las condiciones de posibilidad de las relaciones de poder/conocimiento que reproducen la marginación estructural de los afrodescendientes (pero no sólo de ellos), incluyendo la universidad (sobre todo la universidad corporativa). Tampoco se podría limitar al acceso (a una especie de estudiantes de segunda

categoría), sino a empoderarlos efectivamente en términos del capital escolar y de las competencias desde las cuales tienen que operar en el ambiente universitario.

En mi opinión, si desde orientaciones generales como éstas se toman en consideración realmente los condicionamientos regionales y locales de los dispositivos de discriminación racial que operan realmente, estaríamos en una ruta adecuada (aunque no exenta de dificultades) para imaginar unas políticas y medidas de acción afirmativa que permitan interrumpir las asociaciones de discriminación y marginación estructural y configuración de negridades en el país.

Referencias citadas

- Boudieu, Pierre y Loïc Wacquant
2001 *Las argucias de la razón imperialista*. Barcelona: Paidós.
- Cimolai, Silvina
2002 “Acción afirmativa en el ingreso a las Universidades Norteamericanas. Principios de justicia y relaciones de poder en los fundamentos del caso Universidad de California vs. Allan Bakke”
- Cunin, Elisabeth
2003 *Identidades a flor de piel. Lo ‘negro’ entre apariencias y pertenencias: categorías raciales y mestizaje en Cartagena*. Bogotá: Icanh.
- DiGiacomo, Susan M.
1997 The new Internal Colonialism. *Critique of Anthropology*. 17 (1) 91-97.
- French, John
2000 The Missteps of Anti-Imperialist Reason. Bourdieu, Wacquant and Hanchard’s Orpheus and Power. *Theory, Culture & Society*. 17 (1): 107-128.
- Hanchard, Michael
2003 Acts of Misrecognition: Transnational Black Politics, Anti-imperialism and the Ethnocentrism of Pierre Bourdieu and Loïc Wacquant. *Theory, Culture & Society*. 20 (4): 5-29.
- Healey, Mark Alan
2003 Powers of Misrecognition. Bourdieu and Wacquant on Race in Brazil *Neplantla: Views from the South*. (4): 391–400.
- Mosquera, Claudia
2011 *Afroreparaciones: apropiarse del pasado, encarar el presente: transformar el futuro*. Cartagena: Ediciones Pluma de Mompo.
- Mosquera, Claudia y Ruby Ester León
2009 *Acciones afirmativas y ciudadanía diferenciada étnico-racial negra, afrocolombiana, palenquera y raizal. Entre bicentenarios de las independencias y Constitución de 1991*. Bogotá: CES-Universidad Nacional.
- Ribeiro, Gustavo Lins y Arturo Escobar
2008 *Antropologías del mundo. Transformaciones disciplinarias en sistemas de poder*. Bogotá: Ciesas-Enviación.